

RESEÑA

Celsa Carmen García Valdés, *Ramillete de sainetes*, Editorial Fundamentos / RESAD, Madrid, 2012, 364 pp. ISBN: 978-88-245-1264-4.

ABRAHAM MADROÑAL (Universidad de Ginebra / CSIC)

Tenemos que empezar felicitándonos por la iniciativa que supone la publicación del libro que nos ocupa. Una edición crítica de una antología entremesil del siglo XVII no es algo frecuente: es verdad que disponemos de ediciones actuales de los entremeses que recopilaron entre los de su propia obra Luis Quiñones de Benavente en 1645 (*Jocoseria*, eds. I. Arellano, J. M. Escudero y A. Madroñal, Iberoamericana, Madrid, 2001) o Francisco de Navarrete y Ribera en 1640 (*Flor de sainetes*, ed. A. Gallo, Alinea Editrice, Florencia, 2001), también de recopilaciones de autores varios como los *Entremeses nuevos* (1643), recientemente editada por Juan Carlos González Maya (Juan de la Cuesta, Newark, 2012); pero no abundan estas antologías, aunque tengan precedentes tan nobles como las que realizaron Marcelino Menéndez Pelayo de los *Entremeses y flor de sainetes* (1657) o Emilio Cotarelo de las *Migajas del ingenio* de Lanini. Por eso es más de agradecer que se le haya ocurrido editar el *Ramillete de sainetes* (1672) a Celsa Carmen García Valdés, una investigadora experta en el género, especialista también en Quevedo y, sobre todo, en el entremés del siglo XVII, desde que se ocupó de los de Bernaldo de Quirós (*Obras. Aventuras de don Fruela*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1984). Ha editado también dos antologías de referencia, como son la *Antología del entremés barroco* (Plaza y Janés, Barcelona, 1985, reeditada en fecha reciente) o la titulada *Entremeses y entremesistas barrocos* (Cátedra, Madrid, 2005).

Es sabido que los entremeses en el siglo XVII suelen aparecer primero con las comedias que se representaron (es el caso de los que se publicaron en las *Partes* de comedias de Lope y otros autores) y más tarde solos, en antologías de uno o varios autores. He referido en otro lugar que en el siglo XVII se imprimen no menos

de cincuenta colecciones de entremeses, que responden a dos criterios básicos de ordenación: piezas de un solo autor que imprime sus entremeses selectos o antologías de piezas de varios autores que recopila un editor. Además, los entremeses se publicaban en forma de pliegos sueltos, muy poco después de haberse estrenado con éxito, de forma que conocemos obritas como el *Miser Palomo*, de don Antonio Hurtado de Mendoza, publicada solo tres años después de haberse representado por primera vez (Molino de la Rovella, Valencia, 1620). Seguirían imprimiéndose de esta manera, es decir, en forma de pliegos, durante todo el siglo XVII y en fechas posteriores.

Es hacia 1635, año en que se publica la *Segunda parte de comedias* de Tirso de Molina, acompañadas de un buen número de piezas entremesiles, cuando se tiene la idea de que pueden funcionar también en el mercado editorial los entremeses solos, sin el peso de las comedias. Surge así la que creo que es la primera antología del género, los *Entremeses nuevos* (1640). A partir de ahí las antologías proliferan y reciben floridos títulos: la segunda de las de varios autores en orden cronológico es la que se titula *Donaires del gusto* (1642?), de la cual solo se nos conserva un ejemplar falto de portada, pero con los preliminares que nos permiten suponer la fecha y el título con que la conocemos actualmente. Del año siguiente son *Entremeses Nuevos* (Francisco Roperó, Alcalá de Henares, 1643) y el *Ramillete gracioso* (Silvestre Esparsa, Valencia, 1643), esta última desconocida para ese gran estudioso de la pieza breve que fue don Emilio Cotarelo y Mori, lo que permitió adicionar la magna colección que publicara en dos tomos allá por el año de 1911.

Posteriormente se suceden las *Fiestas del santísimo sacramento* (1644), que recoge con los autos sacramentales también los entremeses que los acompañaban; la *Jocoseria* de Quiñones (1645), *Entremeses y flor de sainetes* (1657), *Teatro poético* (1658), *Musa entretenida*, de Coelho Rebelho (1658), *Laurel de entremeses* (1660), *Rasgos del ocio* (primera parte, 1661; segunda, 1664), *Tardes apacibles* (1663), *Donaires de Tersícore* de V. Suárez Deza (primera, 1663), *Navidad y corpus Christi* (1664), *Ociosidad entretenida* (1668), *Verdones del Parnaso* (1668), *Parnaso nuevo* (primera, 1670), *Ramillete de sainetes* (1672), *Sainetes y entremeses*, de López de Armesto (1674), *Vergel de entremeses* (1675), *Flor de entremeses* (1676), *Mejor flor de entremeses* (1679), *Floresta de entremeses* (1680), *Jardín ameno* (1684), *Pintura de los poetas más conocidos* (1687, de la que ahora se nos informa que es una nueva edición de la obra que nos ocupa, p. 20), *Pensil ameno* (1691), *Floresta de*

entremeses (1691), *Arcadia de entremeses* (1691), *Verdores del Parnaso* de Armesto y Castro (1697), *Manojito de entremeses* (1700), además de algunas recopilaciones sin año. Y esto solo sin salir del siglo XVII.

Evidentemente, cada uno de estos libros supone un muestrario del gusto de los recopiladores lectores: en las antologías de los años 40 suele dominar Quiñones de Benavente; en las que se hacen posteriormente, como la que reseñamos, son otros entremesistas los que han ocupado los gustos del público y las páginas de la propia antología.

En lo que toca al presente libro, nada tenemos que decir del trabajo de edición, que nos parece magnífico y que se adapta a los criterios actuales. La deturpación en la transmisión de la pieza *La condesa de Alarcón* se ha resuelto de manera satisfactoria, por cuanto se ofrece el texto que da *Ramillete* junto con la actuación editorial que intenta regularizar la obra. Se observará que regularizo el título de esta obra, cuando en la presente obra y en otros estudios se cita este entremés como *La condesa*, de Alarcón, lo cual ha servido a algunos estudiosos para atribuir la pieza al Alarcón por antonomasia en el periodo, el dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón (así se lee también en la cubierta de este libro). Creemos que lo que ha pasado es, simplemente, que se ha confundido el lugar de donde es condesa la protagonista de la obra («más es la locura, que se llama / condesa de Alarcón», p. 93) con el supuesto apellido del autor de la obra.

Igualmente satisfactorio es el trabajo de colación, sobre el cual tenemos muy poco que añadir, quizá lo más importante es a propósito del entremés *Los carreteros*: falta indicar que se copia también en el manuscrito 14851 de la BNE, conocido como *La Nave*, ff. 110-113v^o, donde hay importantes variantes en la parte final, porque se añaden ocho versos, que sustituyen a los versos 174-189 de la versión recogida en *Ramillete*, donde se alude a la familia real, presente en la representación de la obra. Falta anotar que el entremés *Los ciegos* se recoge también en un manuscrito en la British Library, signatura Add. 33479, donde se copia sin atribución.

Igualmente buena me parece la labor de anotación, sobre la que hay poco que añadir. Quizá el entremés *La burla de los capones*, aquí atribuido a Villaviciosa, pero obra de Gil López de Armesto y Castro, como se apunta en la introducción, es la pieza que nos merece algún comentario. La editora señala que los versos 8-34, copiados de un entremés de Benavente, *Otáñez y el fariseo*, como yo apuntaba en mi libro *Nuevos entremeses atribuidos a Luis Quiñones de Benavente* (Reichenberger,

Kassel, 1996, pp. 150-152) no es una «copia servil», como allí se decía, sino que es, simplemente, «evidente el aprovechamiento de algunos versos» (p. 25). Al citado aprovechamiento habría que añadir además que el presente entremés copia también el final de la pieza de otra obra de Benavente, *Los muertos vivos*, según nuestro a continuación:

Benavente, *Los muertos vivos*:

De menguados y entremeses
se ríen todos siempre:
por una de dos
ríanse de aqueste por amor de Dios;
por menguado, por alegre o por estas causas dos
ríanse de aqueste por amor de Dios.
(*Jocoseria*, p. 669)

La burla de los capones (Ramillete)

De entremeses se ríen por una de dos
ríanse en aqueste por amor de Dios;
o por malo o por bueno, consígalo yo
ríanse en aqueste por amor de Dios
(p. 110)

Este mismo texto nos permite adentrarnos en cuestiones de anotación, pues en él encontramos los versos:

Así te viera hacer con los talones
en la ene de [...] palo geribones (p. 105)

La editora recoge en nota la lectura de *Ramillete*, 1672 («Con la N del palo geribones»); pero López Armesto, en *Sainetes*, 1674 lo que escribe es la lectura «ceribones», como también hacen las versiones P y P1, que se dan aquí en nota, y que creo que transmiten la lectura correcta. De hecho, la editora remite a la frase de *Autoridades*, «Hacer ceribones», que aparece también en otros textos de la época como en *Los jueces de Castilla* (eds. A. Madroñal y F. Sáez Raposo, *Primera parte de las comedias de Agustín Moreto*, vol. IV, Reichenberger, Kassel, 2010, p. 58), de Moreto, cuando Sancho le ordena a su supuesto criado:

¡Acaba, pícaro! ¡Vuela!
¡Faz celibones aquí!

En nuestras notas a dicha comedia recogemos la lectura «celibones» y explicamos el término diciendo que Menéndez Pelayo, en su edición académica de las

obras de Lope, había corregido la palabra indebidamente por «folijones» advirtiendo que las ediciones de la comedia leían «celibones», seguramente por no entender la palabra. Pero la expresión «hacer ceribones» o «celibotes» existe en la época, como prueba este texto de *La pícaro Justina*: «Muchos hermanos juntos por maravilla están en paz; son como nabos muy atestados, que no los penetra el fuego; como arcabuz muy atacado, que revienta, y como plantas juntas en la tierra de do nacieron, que si no se apartan y trasplantan, nunca medran. Y con esto terná suficiente excusa mi determinación, y si esta no bastare, llámome Marimaricas, que es tanto como hacer ceribones» (en *CORDE*). Y Julio Cejador en su *Fraseología, s. v.* «ceribón, ciribón» recoge: «*Hacer ceribones.* (Es rendirse y renunciar lo que tiene afrentosamente; nació de *cedere bonis*: hoy concurso.) C. 630». Por esta falsa etimología «cedibones» en Galindo, C. 724: «*Hacer cedibones,* del adulator y lisonjero y del que satisface con palabras y acciones vergonzosas», y recoge también el presente texto de *La burla de los capones*. «Según esto —dice Cejador—, *ciribones* son como visajes engañosos, como jiribeques» (*Diccionario fraseológico del Siglo de Oro*, Serbal, Barcelona, 2008). Puede ser lo que dice el erudito, pero también, creemos ‘cualquier gesto o movimiento que pueda causar gracia o placer a quien lo ve’, aunque en el presente texto parece sugerir ‘hacer gestos o señales desde la horca’.

Otra nota se nos antoja que podría completarse: se trata ahora del término «tarama», que aparece en *Los valientes encamisados*. La editora apunta que no ha encontrado testimonios que confirmen el significado que sugiere el contexto: «espada». Véase el texto de *El poeta burlado*, sainete primero que acompañó a la comedia *El gran duque de Gandía*, algún tiempo atribuida a Calderón, que se transmite en manuscrito del siglo XVII y ha tenido edición moderna: «Si hoy hay danza de espadas, / aquí está mi tarama que a estocadas / hacer jigote sabe el mundo entero» (ed. Václav Černý, Éditions de l’Académie Tchécóslovaque des Sciences, Praga, 1963, p. 162).

También en el entremés *El desafío* se debería anotar que el nombre Caraculiambro (p. 183) aparece en el *Quijote*; igual que en *Los sordos*, de Luis Vélez, el verso «es bizarro con silla y enfrenado» (p. 189) parece aludir a un chistecillo de los *Diálogos de apacible entretenimiento* (eds. J. Alonso Asenjo y A. Madroñal, Publicaciones de la Universidad de Valencia, Valencia, 2010, p. 82), de Gaspar Lucas Hidalgo (1605):

Tenía una señora grande ojeriza con un deudo de su marido porque tenía muy libres y pesadas razones con ella las veces que en su casa entraba. Sucedió que, estando en conversación ella y su marido con algunas señoras conocidas, entró el dicho deudo del marido, a quien ella recibió con harto ceño; y como el marido mandase que pusiesen una silla a su pariente, dijo la señora: «Si piensa estar callando, pónganle silla; pero si ha de hablar, pónganle silla y freno».

Como se ve, muy pocos reparos, si es que los enumerados llegan a tal categoría, que no ocultan la gran calidad y pertinencia de la edición que tenemos entre manos y por la que tenemos que dar las gracias de nuevo a su autora.